

Ínsula del viento de Carlos Fajardo Fajardo o el reinventar la infancia

Gabriel Arturo Castro
Universidad del Tolima

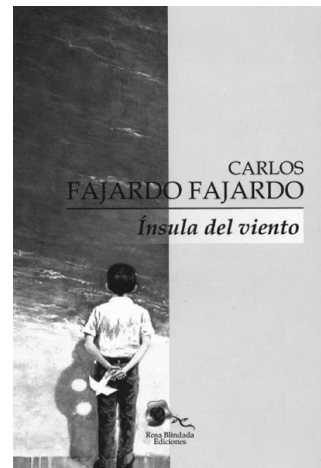
DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.27.2018.12>



Recibido 20 de octubre de 2017 * Aprobado 20 de noviembre de 2017

La infancia es el lugar privilegiado de la memoria, lugar donde Carlos Fajardo Fajardo, de la mano de su conmovedor libro *Ínsula del viento*, ejerce un ritual de escritura evocativa, depositaria ella de acontecimientos que se actualizan, recrean o se reinventan por medio de la expresión poética que es una fábrica del tiempo. Construye para tan esmerado ceremonial una ínsula, un dominio personal, sobre cuyo territorio gobierna su imaginación, espacio que podrá ser también la casa inmortal o el patio, la patria pequeña, mundo misterioso, espiritual y en cuyos linderos habita el asombro.

Es así como el autor escribe una huella duradera, luego de haber escogido de manera espontánea las imágenes que aprecia, valora y reúne tras el cuerpo de los poemas, estructurados cada uno en cortas líneas y estrofas, semejantes a una colección hilvanada de instantes, cuyos orígenes empezamos a conocer tras la lectura. Sugiere, apela, invoca a través de las imágenes y crea un universo conciso, suma de descripción de un estado de ánimo personal y magia de lo universal. El poeta hace un corte vertical en la realidad y detiene el tiempo. Leamos por ejemplo el inicio del poema *El hermano*:



Fajardo, Carlos. (2016). *Ínsula del viento*, Cali: Rosa Blindada, ediciones, 70 págs.

*En el solar
Una luz misteriosa resucita al hermano.
No la habíamos visto desde antaño
cuando partió por el oscuro sendero.
Su cuerpo conserva aún los ademanes de la madre,
la voz que nos meció desde niños.*

Aquí los sentidos juegan un papel primordial en la elaboración, pues son los generadores de la imagen y su desencadenamiento de la memoria: el sonido del agua, los perros que olfatean la muerte, el olor a mango que incita al amor, los aromas del viejo barrio, la música de chatarras, “el olor a sutiles geranios”, las voces de los ausentes, escuchadas a la hora de la siesta. De esta manera arranca el origen de todo poema de la Ínsula y luego arrastra la imaginación como si se tratara de una fibra nerviosa, la interioridad sentida y expresada:

*Tras las puertas fluye la luz.
Las calles se alargan como sombras de mujeres
vespertinas
y de los jardines penetra un olor a sutiles geranios.
En sus rincones jugamos a ser inmortales.*

Se trata de la epifanía. El poeta llega a la frontera donde se suspende el tiempo y se materializa la emoción en un espacio sin límite de nuestra propia memoria. Da cuenta de una manifestación en un sentido solidario al origen de la palabra *entusiasmo*. Este es el lugar privilegiado y extraño donde el poeta busca la exaltación subjetiva del tú, de los otros que leemos en la enunciación del poema, para objetivarla como experiencia de su yo; regresa nuestro presente al suyo (evocando el pasado, leyendo el futuro y haciéndolo memoria) y trayéndonos su presente al nuestro, anticipándose a su futuro para olvidarse de su presente.

“Se supone que éramos eternos”, dice en uno de los apartes. La casa se detiene, el tren igual, las puertas se cierran, “el sol guarda sus raíces”, el mundo es efímero, menos la alucinación, los espejos y las eternas lámparas que alumbran “el desfile de edades”. Todo en poesía es devenir y fugacidad. Sobre este fluir la conciencia poética se posa, se detiene para condensar una cualidad en la historia interior de las cosas. Como las cualidades son diversas, su percepción depende de los ritmos y de la tensión de la conciencia que percibe, la cual nos permite sentir la palpitación profunda y la riqueza interior de las cosas, revividas por el sueño o por la música que entra a la casa, alojada como “voces en viejos armarios” o “risas al fondo del crepúsculo”.

Para volver a la Ínsula, un mar invisible entre montañas, basta aquella excitación de los sentidos o un ademán, que el padre toque la cabeza de quien sueña para revivir los terrores o palpar a la madre en su jardín nocturno moldear las palabras de arcilla, el lenguaje convertido en tatuajes de fuego sellados para siempre, marca imborrable pero renovada. La parte última del poema *El cuerpo de mi padre* atestigua la sensible tarea de evocación:

*Las manos de mi padre
caminan por mi cara infantil.
La corteza de su árbol
no está marchita.
Aún susurra mi nombre
bajo un limonero triste.
Riega los geranios
que cultiva su esposa.
Toca mi cabeza
donde habitan
los terrores.*

El vocabulario de la poesía se forja en medio de donde nace el lenguaje: las marcas candentes, las improntas grabadas bajo la piel. De allí germina el gesto de apertura y de ruptura del poeta, su manifestación y voz, su sacrificio bajo un cielo común. Es del ejercicio de la memoria, una especie de conversación del pasado individual con el pasado colectivo, lo que constituye un atributo esencial del presente libro. Porque al unísono con la evocación para nada nostálgica del yo lírico, se da un diálogo que irrumpe al interior de los juegos de niños del barrio, “el mundo en palabras, palabras inciertas”, dado que la ínsula ya no es el paraíso inocente, idílico e ingenuo, sino que lentamente llega la ruina propiciada por la guerra y los eventos violentos de la historia. Junto al arpa en la colina, la pesca de renacuajos, el rumor del río, el helecho frondoso del patio, está el ruido de cañones, el sonido de fusiles, el aullido de los perros; “los disparos que reinventan la patria”; “árboles sangrientos, soles desterrados” o las “hambrunas del alba”. En medio de esta atmósfera están las imágenes paisajísticas que corresponden a una poética de la naturaleza, una antropocosmología cuyo centro es la relación del hombre con la tierra, vínculo culpable de sus ideas recurrentes y circulares como el amor, el erotismo, la vida, la muerte, entre otras. El influjo de la geografía lleva al creador a fabricar un arroyo de imágenes impregnadas de sugestividad rural y urbana: “tenía en los ojos el mar”; “sus ojos eran una bandada de pájaros”; “el sol es un hacha íntima”; “en el colgante helecho del patio / el polvo de la luna se ha depositado”; “nuestros pasos eran duros en el pavimento lunar”: “la

cuadra, en el gélido viento, / marcha con la noche”, entre otras punzantes figuras vivas de su viaje a su *Ínsula* de la infancia. Aunque extraviada la *ínsula* y la casa sobreviven gracias al sol de la memoria, a la aparición de la escritura poética. De otra manera estarían ocultas para siempre.

El poeta vive ese tiempo de fábula que relata tras la cortina de la evocación, la invocación como un conjuro, ejercicio de la rememoración por la concomitancia de las cosas, cuando en cada anochecer encontramos las ventanas cerradas, los niños jugando a ser mayores o bebiendo un trago en las tinieblas o viendo cómo se hundían las casas con la tarde. Y de nuevo los interrogantes fundamentales que dispara el recuerdo, al auxilio de los antiguos silbos que recorren aún el patio grande o los escritos sobre la pared del hermano ausente, mientras “le observan gatos melancólicos/ y él camina entre luciérnagas/ atrapadas en las manos del sol”.